

## III

Y el simón siguió su rumbo, ciudad adentro, y Carolina y Salvador no se opusieron á su marcha incierta; dejábanse llevar, á la ventura, como en dulce sueño del que no quisieran salir para no tropezar de nuevo con la realidad de que maravillosamente los alejaba aquel carruaje desvencijado y sucio. ¡Que no parara nunca, que continuara así, cruzando las calles pecadoras de la inmensa ciudad sin entrañas, y á ellos se los llevara más allá, más, adonde no les preguntaran nada, adonde les permitieran intentar una existencia ignorada de seres que no pudiendo remediar la maldad humana y arrepentidos de la suya propia, resolvían marcharse lejos, y emprender su viaje de desengaño sin participarlo á nadie, sin aconsejar que nadie se parta de sus hábitos y deleites, sólo juntando sus voluntades y sus cuerpos, sólo asidos de la mano y deseosos de desertar cuanto antes el pueblo grande en que sufrieron!...

A entrambos, sin embargo, preocupábalos parecida idea: ¿adónde pararían, en efecto?

Su anhelo de qué el simón no se detuviese, de que los sacara de la ciudad iluminada artísticamente en sus calles y tiendas, desde hacía una hora; palpitante de vida y de bullicio, conforme á sus centros enderezaba el vehículo, era, como todos los anhelos, irrealizable. En cambio, al ir aproximándose á Palacio—trotaban ya por las calles de Jesús, con terso piso de asfalto que apaga y suaviza el rodar de los carruajes; con muchedumbre de comercios, de tenerías, principalmente, que por puertas y ventanas

respiran acres bocanadas olientes á suela y pieles; con muchedumbre de personas en las aceras y á la mitad del arroyo, yendo, viniendo, estacionándose, mucho obrero, curtidores en su mayoría,—al ir aproximándose á Palacio, cuyo baluarte sur destacábase, el simón, con tardos andares por lo exagerado del tráfico de la calle de Porta-Coeli que en la Plaza de Armas desagua su caudal de transeuntes, vehículos y tranvías eléctricos que la han inundado á partir de la esquina de la de San Bernardo, Salvador y Carolina tuvieron que hablarse, que decidir algo en el acto porque el auriga, colgándose del pescante, había dos veces que preguntaba:

—¿Adónde vamos, jefe?...

En la precisión de resolver el conflicto, reinó la angustia unos instantes, dentro del coche. Carolina soltó la mano del pintor, y éste quedóse meditabundo y vacilante... Por providencia pronta, ordenó al auriga lo que primero vínole á las mientes, un pretexto:

—¡Párate junto á los trenes de la Villa!...

Pasaron por todo el frente de Palacio, comprendiendo que el momento de la resolución definitiva era llegado. Todavía mientras el cochero contó monedas en la palma de su mano á fin de entregar la vuelta del billete de á cinco pesos con que Salvador le liquidaba, Salvador y Carolina permanecieron lado á lado cual personas de intimidad á las que nada de anormal ocurre; pero cuando el simón arrancó, que fué bien pronto; cuando quedaron los dos solos en el ángulo del «Zócalo», tan concurrido siempre, apartáronse el uno del otro por instintivo movimiento, sin saber cómo principiarían á hablarse, ni lo que harían con sus cuerpos y sus voluntades libres.

—¿Quieres que nos sentemos por aquí?...—propuso él para ganar tiempo.

Y para ganar tiempo también, Carolina aceptó.

Al instalarse en uno de los interiores bancos de hierro, donde menos los delatará la luz, el reloj de la catedral sonó las ocho, y en el kiosco del jardín rompió á tocar una banda de caballería. La música y los vecinos de asiento—tres individuos mal trajeados que fumaban y reían de la narración de sus asuntos,—vinieron en su auxilio y consigo mismos justificáronlos de no resolverse á empezar la conversación inevitable; la música, habríalos obligado á hablar en voz muy alta, y los vecinos de asiento habríanse enterado de todo lo grave que era fuerza se hablaran. Poco á poco fueron aislándose de cuanto los circundaba: de sus vecinos; de los concurrentes que bajo el kiosco giraban y giraban; de los que desfilaban por delante de ellos y los miraban apenas en su discreta penumbra; de la música que, por intervalos, cesaba de tocar, y en vez de notas dejaba oír el ruido complejo de tantos pies caminando sobre la arena de las callejas y sobre la piedra de los enlosados, de tantas voces, de tantas risas, risas y voces toscas, de gente humilde que es la que forma el grueso de la concurrencia de estos diarios conciertos al aire libre. Poco á poco Salvador y Carolina, pensando en lo pasado, en el encuentro de esa tarde, en lo que hubieran de hacer después, fueron perdiendo la conciencia del sitio en que se hallaban, y, mecidos por sus recuerdos, por la música que oían confusamente, examinándose de reojo y palpando mudanzas grandísimas en sus personas: Carolina, si no fea, sí camino de la fealdad, marchita de años y trabajos; Salvador, de viejo prematuro, el cabello entrecano y en el rostro arrugas, los surcos impresos por las duras llantas de la pobreza y de los vicios, comenzaron ambos por preguntar los mutuos sucesos que ignoraban y que á no haber resultado cual resultaron, habríanse tomado por las

preguntas sin sabor ni substancia que en las entrevistas trascendentales formúlense mientras la voz se afirma y el ánimo se serena:

—¿Y tú papá?—inquirió Salvador, harto emocionado, volviendo la cara á los soldados filarmónicos que descansaban en el kiosco, de codos encima de los barandales.

—¡Murió!—repuso Carolina, lacónica,—¡hace dos años!...—Y su rostro se contrajo, de pena sería, con lo inopinado de la evocación.

Salvador sintió como si sus remordimientos aumentaran con la fúnebre noticia, no obstante que la muerte de don Florentino, viejo é incurable, hubiera debido considerarla naturalísima. Sin embargo, se estremeció de oírlo y buscó el semblante de la muchacha, que lo hurtaba conteniendo nuevas lágrimas, para deletrear en él lo que con esta otra desgracia habría sufrido. De no encontrarle la cara y de imaginar el tormento doloroso, interrogó asombrado, muy quedamente:

—¿Y qué has hecho tú? ¿qué hiciste entonces?...

Estrechada por la pregunta y por las lágrimas que pugnarían por salirse, Carolina respondió alzándose de hombros, dibujando con la mano que apretaba el pañuelo una desmayada curva en el aire, que Salvador tradujo á maravilla, lo mismo que si palabra por palabra le contestasen. Carolina respondíale que ignoraba lo hecho entonces y lo hecho después, que no sabía precisar lo, pues en tantas ocasiones que tenía el preguntado, ora resultábale que había hecho mucho, ora que había hecho muy poco: padecer y llorar, seguir viviendo como todos vivimos, padecemos y lloramos cuando la desgracia se ensaña en contra nuestra y no podemos huirla ni defendernos de ella... Luego, añadió cual si de veras Salvador leyese sus pensamientos:

—¡Rezar!... ¡pedirle á Dios que no me abandonara!...

Mentalmente, para mejor grabársela, repitióse Salvador la frase última, sorprendido de no estimarla pueril ni inadecuada: «¡Pedir á Dios!...»

...Sí, sólo así, en efecto, creyendo en Dios, habría podido Carolina resistir la orfandad, el abandono de él y la pobreza que á la legua advertíase en el pergeño y palideces de la chica. A fin de que no se le disipase la dulce impresión que le originara el escuchar el nombre de Dios en persona tan desdichada, cerró los ojos y se arrimó á Carolina, murmurando:

—¿Y Dios te oyó?...

—Tú puedes contestarlo—replicóle ella.—¿Quién, si no, te mandó á buscarme?...

Los añejos descreimientos del artista, de nuevo sojuzgáronle, pero no quiso destruir la fe sencilla de Carolina que tan hermosamente creía en la intervención divina. Él no decidíase á creer con firmeza tamaña, aunque sí reconociese que había algo, un poder extraño, una voluntad superior á la suya, la conciencia del deber empujándolo á que reparara una falta; fuerzas que nada tenían que ver con milagros ni órdenes de lo alto... Para que Carolina no interpretara mal su mutismo y fuera á pensarse que él habíala pasado diversamente, le contó sus penas:

—¡Si supieras á mí lo mal que me ha ido!... Perdí á mis hijas, á las dos... ¿te acuerdas de que eran dos?

—¿Las dos han muerto?—le preguntó Carolina, asustada.

—¡Casi!... Evangelina se me casó, y vive pobre y sin dicha en un rincón del mundo... Y Magda, de monja, en Barcelona ó en Roma, yo no sé donde...—Y en las rodillas los codos, Salvador apoyó las sienes en las palmas de sus manos.

De la Catedral desgranáronse las catorce campanadas lentas de las diez: los cuatro cuartos en un tono, y la hora en otro, más grave. La banda de caballería se dispersó, y de su menesteroso auditorio apenas si quedaba nadie, casi todos partidos desde antes, por encontrar abiertas aún las casas de vecindad en que moran y que á las diez en punto se cierran. La entera Plaza de Armas entraba en muda; las puertas de Palacio, ya se habían clausurado; la Catedral, se arrebuja en sombra; los tranvías disminuían, apagábase el ruido; en el Portal de las Flores, desierto, resonaban con más consistencia las pisadas de los cuantos que le cruzaban de prisa, y sólo el Ayuntamiento, con algunos balcones alumbrados, arriba, y la administración principal de coches de punto, abajo, abierta todavía, sólo el Portal de Mercaderes y la bocacalle de Plateros, concurrida siempre de viandantes y carruajes, persistían en su latir de entrañas y arterias sin sosiego. Por las afueras del «Zócalo» y por los bancos del jardín del atrio de la metropolitana, comenzaba á distinguirse bultos sospechosos de ramerías baratas y lamentables, que amparadas por la soledad y lo negro, como lobas hambrientas que son, por ahí se apostaban en acecho de sus víctimas y de sus parroquianos: los soldados que no pudieron reintegrar el cuartel al toque que los llamaba; los precoces voceadores de diarios y papeles; los rateros é individuos que no saben dónde dormirán, ó que intermitentemente duermen en los bancos de los parques, de donde son levantados por los gendarmes que con ellos cargan á las comisarias ó los sentencian á continuar caminando toda la noche, por ser prohibido que nadie duerma en los jardines...

Azorados ante el silencio, Salvador y Carolina comprendieron que era arribado el instante en que debían juntarse ó separarse para siempre. Y como ni el uno ni el

otro querían lo segundo—¡oh, no!—Salvador, por hombre, hubo de tomar la iniciativa; una iniciativa que lo conciliaba todo, que ahorraba explicaciones enojosas y pormenores importunos. So pretexto del frío, que no dejaba de explicarse, se levantó el primero:

—¿Quieres que nos vayamos? .. ya es tarde y yo me he helado... ¡Ven, anda! Y le ofreció su brazo, que Carolina aceptó, resuelta, luego de rapidísima vacilación en la que sabe Dios qué cosas pensaría.

—Tomaremos algo—insinuó el artista cuando echaron á andar,—¿qué prefieres? ¿qué tomas por las noches?...

—Me es igual—replicó Carolina, sumisa,—lo que tomes tú; pero no me lleses á sitio en que nos vea mucha gente...

De la Plaza fuéronse en derechura al Empedradillo, y por la calle del Cinco de Mayo doblaron á su izquierda caminando despacio, gustando ambos de sentirse tan próximos y sin experimentar, ello no obstante, torcido apetito ni torpe deseo. Conforme adelantaban en la ancha vía solitaria, á su fondo divisaban, destrozada, la enorme mole del pobre Teatro Nacional, que echaban abajo para prolongar la avenida. Y visto á distancia lo que del imponente inmueble se conservaba en pie aunque á punto de caer, unas columnas por los suelos, en pedazos; gruesos cilindros de piedra junto á montículos de escombros y de tierra, en cuyas cimas titilaban las flamas diminutas de las linternas de aviso de los veladores; otras columnas en su sitio todavía, pero truncas, no sustentando nada, ociosas y condenadas á rodar mañana y morder el polvo; vistos los andamiajes destructores y la luz de luna que más allá de pórticos y vestíbulo daba de lleno en lo que había sido sala y escenario, desolados también y también sem-

brados de escombros, de tierra, de vigas enormes que asomaban sus extremidades amenazantes y erectas, como bestias fantásticas que salieran calladamente de los removidos cimientos á disputar la inviolabilidad de sus viejos nidos; visto el conjunto todo de despiadada ruina, que obligaba á pensar en las catástrofes y los siniestros que de tiempo en tiempo se descuelgan sobre las fábricas resistentes, y las arrasan: los terremotos, los incendios, las guerras; viendo aquello, según al término de la calle aproximábanse Salvador y Carolina, Salvador se detuvo, y extendiendo su brazo libre, exclamó:

—¡Eso somos nosotros, mira!... Ruinas de nosotros mismos, pedazos de un edificio echado abajo por los golpes brutales de albañiles ignaros que pegan donde se les manda que peguen, y destruyen ciegamente, habituados á su labor impía, sin saber lo que hacen, sin oír los lamentos de lo que rompen, sin curarse de las bellezas que aniquilan, de las tradiciones que destrozan, de los sueños que interrumpen... Si todas esas piedras y esas vigas y ese polvo pudieran hablar, oiríamos sus quejas, sus protestas, sus lamentaciones; nos recitarían los versos de Miguel Angel, grabados en el pedestal de «La Noche», su estatua dormida en la tumba de Julián y Lorenzo los magníficos, allá en Florencia:—«Dormir es dulce, y, más aún, ser de piedra, »en tanto duren el mal y la vergüenza. No ser nada, no »sentir nada, es mi ventura... Así, no me despiertes... »¡habla bajo!» Es que al polvo, y á las vigas, y á las piedras los hemos declarado insensibles, porque sí, por lo que declaramos tantas cosas, arbitrariamente, presuntuosamente, cuando nos conviene declararlo... Da tristeza, ¿verdad?... ¿No te entristece á ti contemplar este esqueleto disforme que se resiste á que acaben con él?... ¿No te entristece que los hombres seamos tan implacables?... A mí,

si, y mucho, porque palpo que nuestra implacabilidad es mal sin remedio, que lo mismo ejercitamos en las personas que en las cosas... Y desde que le dieron á este infeliz el primer barretazo, seguido luego de ciento, y de mil, y de los millones que le han descargado y descargándole siguen, tontamente si quieres, yo me afligí con él, y á los principios de la demolición propúseme estar viniendo á ayudarlo á bien morir, de lejos siquiera, como nos detenemos á ver una riña á mano armada, hasta que uno de los reñidores cae y el otro huye; como consentimos en que varios gendarmes se ensañen contra algún ebrio que los resiste; como vamos en masa á presenciar un fusilamiento, el crimen de los más sobre los menos, la venganza de toda la sociedad que carece de poco, sobre un desventurado que sólo posee su crimen... ¿No sabías que me he vuelto socialista? pues sí, eso dice Covarrubias, aquel mi amigo de quien tanto te hablaba ¿te acuerdas?... Te decía, que estuve viniendo á presenciar el derrumbe, muy puntual; y los ingenieros, mis conocidos, simpatizaron con mi chifladura, colocábanme en buenos lugares para que sin riesgos contemplara cómo podemos derribar y demoler lo que es mucho más grande que nosotros... ¡ni más ni menos que las hormigas, hija mía!... Muchos hombres, fuertes y juntos, cayendo encima de un punto débil que puede más, débil y todo, que los hombres juntos y fuertes... Y ¡vengan más hombres, es decir, vengan más gusanos, pues gusanera somos, queramos ó no, vengan más barretas, más hierros, más picos, y, hala, á golpear, á herir, á machacar!... y los hombres, jadeantes, sudando, encorvados los torsos, palpitantes los pechos, hinchadas las venas, golpea y golpea! Y al cabo de los días, de los meses, de los años si no se emplearan dinamitas y pólvoras, han muerto algunos fuertes, se han cansado otros, se ha llamado á más jóvenes, á más fuertes,

y la piedra, el árbol, la tierra, ¡lo grande de veras!, apenas si luce una cicatriz risible, que se ríe, en efecto, de que el rey de lo creado sea tan pequeño y miserable... ¡Oh, un cuadro, un cuadro portentoso que pintaré ahora, ahora que ya te tengo á ti, ese continuo batallar del hombre que por sí solo es tan poco, y, sin embargo, lo realiza todo!...

Carolina no lo interrumpía; reclinada en su hombro, como antes—porque Salvador así habíase colocado una segunda vez,—le dejaba hablar y accionar frente al teatro ruinoso, que, diríase, los escuchaba por los grandes vanos de su peristilo roto.

Al concluir su tirada, Salvador, enternecido de súbito, comenzó su acto de contrición y arrepentimiento por la seducción y el abandono de aquella mujer que nada reclamaba, que debía haber perdonado de años atrás, y que hoy nada exigía tampoco, nada más que no la abandonaran de nuevo, abandonándose ella, en cambio, femenilmente, de una vez por todas, resuelta á acompañar al que tantas cosas irremplazables habíale hurtado.

—Y yo, yo que predico—siguió Salvador,—sin hacer nada bueno, ¡yo fui contigo más bárbaro é implacable! Con la honradez que me reste, que alguna ha de ser, te pido perdón por lo pasado, te ofrezco un desagravio perenne, de minutos y de segundos; te pido ¡muy humildemente! hasta de rodillas si te place... ¡sí, sí, aquí mismito! (*al notar la oposición de Carolina*) ¿qué me importa que los que pasan me vean y rían? ¡peor para ellos!... te pido que no me dejes nunca, que conmigo compartas mi miseria y mi despeñamiento!... Si se te gastó el cariño—habría razón y de sobra,—no ha de habésete gastado la piedad, y por piedad bien puedes venir conmigo, como si me dieras una limosna de las tantas que hayas dado á pordiose-

ros y mendigos, al salir tú de trabajar según te veía yo, cuando me querías: con tu cuerpo bellissimo, nimbado de luz, y tu conciencia, tranquila, de virgen moderna que conoce los riesgos y el pecado, pero que sólo peca con su elegido; aunque en ocasiones éste le resulte un criminal como yo te resulté, ¿qué culpa tiene de que no le cumplan lo que le ofrecen?... Tú, tú creíste en mi palabra, ¡bendita seas!, y yo, yo que en nada creo, menos creí en ti, porque eras mujer, ¡qué enormidad!, y es de necio rigor no creer en hembras...

Temblaba Carolina, y Salvador interrumpíase de tiempo en tiempo para tomar respiro, ó para recrearse en sus ojos de gacela que á él deleitáronlo desde antes de los comienzos de sus amores; lo único que los años y las penas no habían ajado en la muchacha.

—... ¿verdad que todavía te queda un poquito de cariño, aunque sea muy poco?—le dijo suavísimamente Salvador, inclinando su cabeza para mejor alcanzar á su oído.—¡Ya verás cómo lo hacemos crecer y cómo nos abriga á los dos, cómo nos compensa de lo que hemos padecido tú y yo, separados por mi culpa! De otro modo, calcula lo que sería de nosotros, cada cual por su lado, sin padre tú, yo sin mis hijas, sufriendo á solas sin dolerle á nadie ¿cuándo nunca le dolimos á alguien?... Únicamente recordando que nos quisimos alguna vez, que podíamos haber vuelto á querernos... ¿Te vienes conmigo?... Poco puedo darte porque nada poseo, ¡nada, nada!... ¡pero cariño sí que te daré, á puñados, y mi arrepentimiento, y haré cuanto me digas, que yo nunca supe hacer maldita la cosa con esta vida mía!... ¿Qué me respondes?...

—¿Te casarías conmigo?—le preguntó Carolina, alejándose de su peligroso contacto.

—En el instante que lo indiques, pero no te me separes

aunque no estemos casados ¡por lo que más quieras!... ¡No me dejes, Carolina, que ni yo mismo podría decirte en dónde pararía si me dejaras!... Ya que te hallé, no vuelvo á soltarte. ¿Te vas conmigo?...

—Echa á andar, Salvador, me voy contigo ¡sobre que sólo Dios sabe cuánto le pedí que me hiciera este milagro! —confesó la muchacha traicionándose á sí misma, trémula de ventura inesperada, segura en esta ocasión de que no la engañaban.

Contentísimo, Salvador pretendía que rindieran gracias al Teatro Nacional en ruínas, por el realizado prodigio; supuesto que de su contemplación había renacido el amor de ambos.

—Debiéramos arrodillarnos ¿qué opinas?

Carolina, sonriente, lo metió en juicio, le recordó que no habían cenado, que las horas corrían. Salvador lo aprobaba todo, prometía inmediatas y duraderas enmiendas; jaló con ella rumbo á su casa, y le ofreció sorprenderla en el camino: no cenarían, porque iban á sonar las once, y fuera de los grandes *restaurants*, á los que no irían por penuria y por escapar á las multitudes maldicientes, los demás comedores baratos y honestos estarían cerrados; pero ya vería, ya vería si no quedaba satisfecha con el substituto.

Que lo fué, á media calle de la 2a del Factor, un cafetín de mala muerte y peor alumbrado, á cuyo aparador le ponía las maderas de cierre su único camarero, con el delantal echado en la cabeza á manera de tocado que de luna y cierzo defendiéralo.

—¡Buena propina si nos sirves á puerta cerrada! ¿Te conviene?—propuso Salvador al camarero, que interrumpió su faena para examinar al cliente trasnochado que propuesta tan inusitada formulaba.

—Yo por mí, sí—contestó volviendo al ajuste de las

tablas,—pero quién sabe si el patrón querrá. ¡Entren y háblenle!

A regañadientes accedió el patrón, dudoso al pronto de si se las habría con señorito *tomado* que anduviera de tuna en profana compañía. Mas, observada la pareja, se convenció de que Salvador estaba en sus cabales y de que Carolina, por su continente serio, mucho distaba de ser una cualquiera. Notificó, sin embargo, que no concedía arriba de una media hora:

—¡Mi café es de pobres y de madrugadores, y hay que abrirlo muy de mañana!

Dueños del establecimiento, Salvador pidió de cuanto hubiera, no mucho por cierto: café ó chocolate; un arroz de leche, espolvoreado de canela; bizcochos, y unas fermentadas jaleas de duraznos y membrillos.

Allí siguieron su charla, en mediana voz para no ser sentidos, á pesar de que el dueño había penetrado en la trastienda, y de que el camarero descabezaba un «pisto» golpeando á compás contra el muro la enmarañada testa.

Desvanecido el primer raptó que tanto entusiasmará á los dos, Carolina, con su habitual entereza, planteaba ahora los inconvenientes y la manera de allanarlos; imponía sus condiciones, serena, pesando ventajas y desventajas, las que probablemente sobrevendríanles de la solución recién adoptada. Desde luego, lo más principal á su juicio de mujer virtuosa no obstante haber caído, era descubrir arbitrio de vivir juntos antes de casados. Y en la frase «vivir juntos» hizo prolongado hincapié, muy enrojecidas las mejillas, recatando el mirar á fin de que Salvador comprendiese lo que quería significar, y su propósito firme de salvar los restos de su virginidad desflorada. Salvador en todo opinaba como Carolina:

—Lo que tu digas se hará, mujer, lo que tu digas, siem-

pre que no sea separación nueva, porque á eso sí que me opongo ¡ya lo creo!

Frente á mansedumbre tal, todo, realmente, arregláronlo á la medida del deseo: la fecha del matrimonio doble—pues Carolina no consintió ni que en broma se suprimiera la ceremonia eclesiástica,—para los que Covarrubias y el doctor servirían de testigos; la renuncia de Carolina á su empleo en la fábrica de ácidos; Salvador se caracterizó al oírla insinuar que continuaría trabajando en tanto él volvía á ganar lo necesario:

—Así supiera que mañana nos moríamos de hambre, no te permitiría trabajar ni un minuto ¡que nó!... por mucho que ello sea—añadió al cabo de rápido silencio,—vanidad y disparate, y que en el mundo entero las mujeres trabajen ¡nó y nó!... Sólo que yo enfermara, como tu pobre padre—terminó variando de tono para no lastimarla,—sólo entonces trabajarías tú; de otro modo, dame gusto y ya verás cómo quehacer te sobra dentro de tu casa; tanto vas á tener, que no echarás de menos tus fotografías y tus fábricas de ácidos... En cambio, prepárate á sufrir escaseces, por ser yo pintor de todos los colores... Haz tus cuentas: ¡ni muebles hay siquiera!

Rondaba el patrón á los parroquianos embebecidos en su discreteo, y sin parar mientes en esa impaciencia; por lo que en una de sus vueltas se llegó á la mesa, y, sin más miramiento, los interrumpió:

—Son cinco reales y medio, y aquí lo dejamos. ¡trato es trato!...

Riende de los rigores del cafetero, pagó Salvador la cuenta, propinó al mozo medio dormido con una peseta que acabó de encandilarlo, y dando el brazo á Carolina, cual si ya fuese de veras su mujer, con ella salió al frío y al silencio de la calle. Tuvieron que desandar la mitad,

hasta la esquina del Congreso, para meterse en la de la Canoa y ganar la empinada vivienda del artista desvalido. Otro punto de entidad se aclaró al llegar: que Carolina, por vivir en dos cuartuchos interiores de una casa de vecindad en el Parque del Conde, no había menester de avisar á nadie que no dormiría en su domicilio, en el que, por economía y aislamiento, carecía hasta de sirviente.

—Pues ¿cuánto te pagaban en esa tu fábrica?—inquirió Salvador, deteniéndose y soltándola para buscarse su llavín en el pantalón.

—Diez pesos semanarios ¡y gracias!—contestóle Carolina alegremente, á par que alzaba la vista y determinaba la fachada del inmueble.

—¿Qué?... ¿te parece alto?—le preguntó Salvador mientras hallaba á tientas con las yemas de los dedos, la boca de la cerradura,—pues la vista engaña, hija, entérate de que vivo en un nido de águilas...

Soliviantada con la inminencia del momento de prueba y con la catadura interna del edificio que á Salvador albergaba, Carolina, mujer al fin, empezó á desconfiar de sus propias fuerzas y á esquivar al artista, que, so pretexto de guiarla por aquellos laberintos y complicadas escaleras, pretendía sujetarla del talle, asirla un brazo.

—Ve tú por delante—díjole al pintor,—que yo mejor voy tras de ti...

—¡Es que no conoces estos andurriales, mujer, y puedes darte un golpe!—repuso Salvador asiéndola decididamente de su brazo.

Y en tanto duró el cruce del segundo patio; y el subir de la escalera destechada, de su fondo; y el entrarse por pasadizos y tránsitos; y el trepar de la escalera final, hasta su desemboque en la azotea, ambos convenciéronse de la casi imposibilidad de cumplir con su pacto reciente, aquel

apartamento de sus cuerpos en que, con enfemismos, convinieron, y que había de durar mientras no les dieran permiso civil y permiso canónico de juntarlos cuantas veces lo apetecieran.

Nó, no parecía posible llevar á cabo el casto proyecto, muy hacedero hablado, pero muy cruel en la práctica.

¡Ah! lo obscuro y siniestro de los sitios que cruzaron: ese segundo patio en tinieblas, con las puertas y ventanas de sus varias viviendas, cerradas por completo, y, sin embargo, respirando vida, tercos acoplamiento de miseria, de los que se derraman los hijos, la chiquillería ventrada y sucia que durante el día esmaltaba el piso de tierra en cuya costra corría torcidamente, al igual del líquido turbio de los caños de las viviendas, que iban á perderse en el sumidero de su centro... Esas viviendas altas, cerradas también y con decente fisonomía, de las que asimismo se escapaba, por corredores floridos y vidrieras colgadas de cortinas blancas, rumor casi impalpable, más imaginado que real, de tálamos fecundos, de alcobas en vigilia sin luz, animadas de hombre y mujer estrechándose en la rabirosa caricia suprema con que eternamente se renueva nuestro mundo... El inmueble entero, medio dormido á tales horas... Los adultos, amándose, abrazados; los niños y los viejos, con la vida soñando, y con la muerte...

En la amplia meseta de la escalera destechada, boqueaba la lamparilla suspendida frente á la imagen empotrada en la alta pared medianera. Ahí descansaron Salvador y Carolina, mudos y sin soltarla él á ella, cual si de veras vieran de asomarse á los secretos de las moradas silentes. Recobradas las fuerzas, siguieron casa adentro; Salvador, á cada paso, más pegado á Carolina que se sentía perdida, sin asomos de resistencia, antes con ansias íntimas de besar al pintor bien amado que, al fin, había sacádola del pá-

ramo sentimental y material en que la desventurada se consumía. Si la escalera á la azotea—tan estrecha y vetusta que los obligó á treparla más juntos todavía, como en incorpóreo beso fundidos sus mutuos respiros,— si la escalera llega á tener un peldaño de más, allí desfallece Carolina, y allí Salvador se adueña de ella. Afortunadamente, salieron á la azotea, donde el aire fresco ahuyentó el peligro.

—¿Verdad que está esto muy alto?—murmuró Salvador buscando con la suya la boca de la muchacha trémula, que respiraba á plenos pulmones aquel ambiente puro, y que contemplaba fascinada el reguero de astros cintilantes en la diáfana atmósfera del cielo.

Carolina se dejó besar, en la boca; besó ella misma la de Salvador, como la había besado en la noche de su rendimiento, allá, junto á su padre impedido. Y fué un beso inmenso, apasionado, solemne, en el que las dos bocas que se besaban, dijéronse, sin palabras, amorosamente, los tristísimos calvarios de sus vidas...

Lo extraordinario consistió en que al concluir el beso, veíanse lágrimas en los ojos de Salvador y en los de Carolina; lágrimas que no trataron de disimular, que se advertían apenas, al resbalarles por el rostro.

Pronto reaccionó Salvador, y tomando á Carolina por la mano, le dijo en són de broma.

—¡Ven á que te haga los honores de tu palacio!

Luego de abrir la puerta, de par en par, encendió un cerillo que alzó por encima de su cabeza, y se detuvo, en el umbral.

—¡Tu dormitorio!—anunció al penetrar Carolina en la vivienda y seguirla él sin cerillo ya.—¡Espérate, que voy á encender, no avances!

Encendió el cabo de vela prisionero en la vulgar pal-

matoria de su mesa de noche, y Carolina oyó, no sin asombro, que el artista saludaba á voces:

—¡Hola, «Obispo»!... ¿Estás dormido, «Netzahualcóyotl»?...

A tiempo que del catre se levantaba, enarcando el lomo, el gato del pintor, rumor de alas salió del estudio.

—¡Mis compañeros—explicó Salvador entre bromas y veras,—los que más me han querido... después que tú!

Pasaron al estudio, que crecía en proporciones á la insegura flama de la vela. Parada Carolina á la mitad del estudio, examinaba éste y el dormitorio, y Salvador, festivamente, fué y colocó el candelero sobre la mesa-escritorio en que solía comer, del otro lado del biombo desplegado.

—¡El comedor!—continuó enumerando.—Quitate el sombrero y el abrigo, mientras yo pongo agua á estos individuos; á éste (*por el gato*) en su cazuela, y á este otro (*encaramándose en una silla*) en su jaula... ¿Qué opinas tú de la jaula nuestra?... ¿O no crees que sea jaula, por sus dimensiones, y por su altura, un nido?...

A par que despojábase de sus avios de calle, Carolina sonreía, con lo que claramente manifestaba que la jaula, el nido, ó lo que fuera, no disgustábala, y que en acatamiento de su oferta, del perdón concedido, de la habitación posesionábase y á vivir en ella y con su dueño se resignaba de bonísimo grado.

Luego de haber puesto agua á sus animales, Salvador sentó á Carolina en el anciano sillón de talla, que maltrecho y todo, perduraba en el estudio; y no hallando para sí escabel ni asiento adecuado, sentóse á los pies de la muchacha, á quien, por efecto de la penumbra y de la resurrección de los recuerdos, como que le reaparecían los hechizos idos, como que las facciones bellísimas de ayer—

¡hoy ajadas y mustias!—volvían mágicamente al pristino estado en que luciéralas cuando virgen. Y acomodado ahí, en el regazo de la amada, púsose Salvador á mirarla, largamente, hasta que Carolina le recostó la cabeza en sus rodillas, y con delicada ternura púsose á acariciarle su cabello...

Hubo una gran pausa.

—Yo había soñado esto—empezó á decir Salvador entrecerrando los ojos,—yo había soñado esto, pero es la vez primera en que la vigilia me resulta superior al ensueño... Sí, yo había soñado que te encontraría, que tú me perdonabas, que, dolida de mí, conmigo te venías... y que así, como te hallas ahora, como me hallo yo, en tu regazo, los dos solos, los dos sin nadie que por nosotros mire... así, pobres, de vuelta de todos los desengaños, de vuelta de todos los sufrimientos, juntos al fin, ¡juntos para ya no separarnos nunca, suceda lo que suceda ¿verdad? tú me acariciarías así, como estás acariciándome, mucho, mucho, sin cansarnos ni tú ni yo!... y que tus caricias me significarían, por fuera y dentro, un misericordioso bálsamo, un electuario ideal que iría curándome, una á una, sin hipocresías ni ascos de tu parte, todas las heridas que tanto me duelen, las grandes y las pequeñas, las que se me ven y las que sólo yo me veo, las que con mis vicios y defectos me he causado y las que me ha causado la vida, en castigo á mi pecado de vivirla... ¡Sí, yo había soñado esto!... ¡Yo te he llamado, Carolina, te he llamado con el pensamiento, te he llamado á gritos!... ¡Cuántas noches, cuántas, pobrecita mía, en el silencio y desolación de esta vivienda en la que no podía dormir, llamándote tendí mis brazos, á lo obscuro, y tendidos quedaron, suplicantes, temerosos, pidiéndote que los perdonaras de haberte abrazado, pidiéndote que volvieras!...

La vela, del otro lado del biombo desplegado, crepitaba á punto de apagarse; sus chisporroteos cesaron y, por último, se extinguió sin ruido, cual si alguno hubiese soplado la flama agonizante. No lo advirtió Salvador á causa de sus ojos entrecerrados, y aunque Carolina si lo advirtiera, no quiso interrumpir esas palabras que embelesada teníanla, y que también á ella, con sólo oirlas, le suavizaban sus heridas, sus padeceres, ese montón de años en que se creyó olvidada para siempre. La falta de luz, por lo pronto, sumió la estancia en tinieblas; después, la claridad astral, que por la vidriera de la pared entrábase, hizo que lentamente disminuyera la sombra, hasta permitir que los objetos se columbraran en delicioso claro-oscuro, inciertos, vagos, lo que prestaba á los objetos y á ellos mismos una idealidad positiva de soñación y de quimera.

—...primero—continuó Salvador,—te soy franco, juré que te olvidaría, y aun se me figura que lo logré, que lo lograba, mejor dicho, algunas horas, días completos en que llegué á suponerme libertado de tu recuerdo..., odiaba yo pensar en lo que sería de ti; encogíame de hombros frente á tu suerte; bebía, buscaba distracciones de las más reprobadas, ¡ya ves que nada te oculto!... Pero conforme corría el tiempo y mis dos hijas me abandonaron, una después de la otra, y el mundo y mi tierra y mis amigos me huían y despreciaban—en gran parte, por mi causa, ¡no lo niego!, pero en otra gran parte, por causa de ellos, ¡no me lo niegues tú!—¡ah!, entonces sí que triunfaste, que el recuerdo de tu cariño y el de mi infancia se enseñorearon de mí, y me ganó esta especie de furia por hallarte y traerte conmigo ¡vida mía de mi alma!...

Cambió Salvador de postura y quedó con la cara hacia arriba, pero siempre recostado en el regazo de Carolina, á la que ahora, con los ojos abiertos y fijos, miraba inten-

## F. GAMBOA

samente por lo que se le esfumaba en la penumbra aquella. Cesó Carolina de acariciarle el cabello, y Salvador se apoderó de sus manos ociosas, recorriéndoselas íntegras con las suyas, cual si las modelara; luego, se las llevaba á los labios, despaciosamente y apasionadamente, y en sus labios teníaselas mucho tiempo, apenas besándolas, guardándolas más bien junto á su boca, por el mero placer de sentir las tan cerca de los besos que les rehusaba adrede...

—...aunque sé lo buena que eres, yo no creí que me perdonaras con esta nobleza, sin condiciones ni castigos; y por eso, desde que aquí te guardo, á mi lado, en este cuarto del que te llamaba en vano, sigue figurándoseme que no es cierto que esté teniéndote en mis brazos, y que tú no vienes, que no vendrás... Ya ves lo que te ofrezco: ¡nada!, comenzando por mí, que nada soy si se me priva de lo que llevo dentro del cerebro y que en alguna ocasión bajó hasta mis pinceles... ¡Quién sabe si no volverá á bajar!... Ahora confío, ¡mi palabra que confío!... Si volviste tú ¿por qué no ha de volverme mi talento?... ¡Háblame, dame fuerzas, animame!... ¿Por qué callas?...

Callaba Carolina por no revivir, á su vez, lo pasado y lo sufrido. Si ya se le había hecho el milagro; si su burlador arrepentíase y le brindaba con la única reparación que por igual satisfacía sus anhelos de mujer que ama todavía y sus ansias de justicia, ¿á qué ponerse á recorrer mentalmente la *via crucis* que tanto la había lastimado cuando andúvola con sus plantas vacilantes de burlada y de huérfana? ¡Al contrario!, que se le escondiera lo más hondo posible; que nadie lo supiese, y Salvador menos que nadie, ya que, causante y todo, enmendaba lo perpetrado, y premiado conceptuábase con que ella volviese á él y con él compartiera miseria y vida... Pero Salvador empeñóse en saberlo:

## RECONQUISTA

—... para recompensarte con lo que únicamente puedo recompensarte, con mis propósitos de labrar tu dicha, aun á trueque de la mía, un poquito hoy, otro poco mañana, y con mis caricias de ahora y de siempre que no te escatimaré, porque tengo hambre de borrar con mis besos hasta la memoria de lo que por mí sufriste; hambre de besar tu cuerpo de mujer, valerosa y fuerte; tu cuerpo que me enloqueció, todo entero, de tus cabellos á tus pies que han pisado sin mancharse ¡Dios te bendiga!, las impurezas y las maldades... Cuéntame, Carolina, cuéntame...

Carolina prefirió ceder, porque temía que con la insistencia de Salvador en su exaltación creciente, sobreviniese nuevo minuto de desfallecimiento parecido al de la escalera.

Ya Salvador, enderezándose, habíase sentado en un brazo del caduco sillón abacial, y pasádole á Carolina, por el cuello, un brazo de él, nervioso é inquieto, que á la muchacha inspiraba miedo grandísimo. Ya no se conformaba el artista con cogerla de las manos ni con que le acariciaran el cabello, no; quizá sin percatarse, provocaba una proximidad peligrosa que á sí mismo disfrazábase:

—Es que no te veo bien—le decía,—por eso me acerco...

Pero Carolina sabía que aquello era el pretexto; su propio temperamento, tan domeñado mientras tuvo que defenderse de asechanzas masculinas—multiplicadas al saberla huérfana y con la boda deshecha,—sentíalo invadido de inexplicable malestar que la alarmaba, precisamente porque su cuerpo se le iba á Salvador, ¡á los tantos años!, cual á su legítimo dueño, y su voluntad, disciplinada en su prolongado vivir á solas, pugnaba por no dejarlo ir... ¡No, no, ni por pienso! ¡qué vergüenza sería!... Reconociéndose con débiles resistencias; circundada de

enemigos: la noche, que á saber en qué horas andaría y que al descanso invitaba; el frío, que vapuleaba desde afuera y obligaba á apeteer cariñoso y tibio arrimo; el silencio de la estancia y de la casa, el de la calle, encubridores y malos consejeros; el hecho del encuentro en sí mismo; las miajas de amor que mutuamente descubriánse y amasaban, y más que nada, el terco recuerdo que los dos releían para sus adentros aunque no hiciesen á él la menor alusión, de que ya habían sido el uno del otro, de que ya habían gustado juntos del prohibido fruto paradisiaco que nada ni nadie les estorbaba volver á gustar hasta saciarse—si es que sacia nunca,—Carolina optó por la narración de sus desventuras, de su orfandad, de sus trabajos á soldada en los que debía de mirar á una porción de circunstancias: buen desempeño desde luego, á fin de no ser despedida por inútil, y continua defensa de sí misma, ni tan blanda que autorizara desmanes, ni tan rígida que acarrease envidias y malas voluntades.

—Porque los hombres—le explicaba á Salvador cual si él no lo fuese ni nada tuviera que reprocharse—no pueden vivir tranquilos ni trabajar bajo el propio techo con una mujer. ¡Es curioso! Primero, se matarían por una mujer, la colocarían en un sagrario, ¡qué sé yo lo que no harían!... Y en cuanto una cede y los oye ó los quiere, en el acto se convierten en tiranos, exigentes y crueles... ¡luego, en enemigos!

Por única respuesta, Salvador, ahogado de remordimientos, sólo atinaba á besar y besar la cabeza de la muchacha.

Cuando riesgos, enemistades y asechanzas llegaron á su máximo, fué cuando Carolina más hubo menester de simpatía y arrimo, al esparcirse la nueva melancólica de que su padre era muerto...

Aquí, las tristes reminiscencias pudieron más que sus propósitos de energía, y por unos instantes rompió á sollozar, quedamente, en tanto desfilaban por su memoria en doliente procesión hacia los labios que les daban suelta, los sucedidos aquellos:

—¡Ay, Salvador, si lo hubieras visto!...—pudo al fin articular,—¡si lo hubieras oído!... Al día siguiente de la noche *esa*..., al llegar la hora de tu visita sin que llegaras tú, notando mi amargura me preguntó lacónico: «¿enojo tenemos, eh?»... Sin saber qué responderle y abusando, ¡el Señor me lo perdone!, de la confianza ciega que en mí tenía, lo engañé, Salvador, lo engañé y engañado túvelo hasta su muerte... Te enfermé, á los comienzos, de pasajera dolencia; luego, agravé tu mal, y, por remate, te saqué de México á convalecer lejos, en tu pueblo, con tus hijas... Y quien se me agravaba y se moría era él, ¡pobrecito!, sólo murmurando cuando de ti hablábamos á cada paso: «¡es extraño, es extraño que tarde tanto en sanar!»... Y escudriñaba en mis ojos, ¡que ya ni lágrimas tenían!, la explicación á aquel enigma que lo alarmaba...

Ya Salvador no besaba los cabellos de Carolina; limitábase á guardar una de sus manos entre las dos de él, estrechamente.

—¡Se empeoró en un momento!... Una noche, desnudándolo yo al igual que siempre, me besó y me dijo: «Creo que mañana ya no me levantaré; siento mi cuerpo como si de plomo me lo hubieran rellenado, y es que yo lo tengo relleno de años, y los años, cuando son muchos, de plomo se vuelven...» ¡Y no se levantó más, y fué acabándose, acabándose en sus cabales!... Día á día me preguntaba por tí: «¿qué noticias hay de lo perdido?», decíame en son de broma... Y yo seguía engañándolo, contestábale que ibas mejor, en vísperas del regreso...

Con muchedumbre de pormenores tristes, puntualizó Carolina el fallecimiento de don Florentino; una muerte ejemplar, de varón al que los padeceres y el dolor tornan en justo; una despedida impresionante y solemne, con bendiciones sobre la hija arrodillada á los bordes del catre humilde, con halagüeñas profecías respecto á su suerte, con deseos santos de que fuera dichosa, de que alcanzara en este mundo implacable y sin entrañas el premio que por sus virtudes y comportamiento merecía...

—«Yo era tu carga y me voy, bendiciéndote con toda mi alma—le susurraba, ya con visible esfuerzo postrimero,— pero te queda Salvador, que te ama y que te hará feliz... ¡Me lo ha prometido!...»

Y lo mismo que cuando don Florentino al murmurar tales palabras, había llorado Carolina de hinojos junto al catre, hincada la frente en las almohadas que el anciano estrujaba en sus manos temblorosas de agonizante, creyendo que acariciaba la idolatrada cabeza de la hija que suponía virgen y casta; lo mismo que entonces lloró por la ida del padre y porque ella sí sabía que no era casta ni virgen, y que Salvador quizá no tornaría nunca, así lloraba hoy, al ir contando el desfallecimiento...

Salvador, que no podía de pena, fué el que ahora se arrodilló ante ella; fué el que, llorando también, realizaba la profecía del pobre viejo:

—¡Mira cómo tu padre no te engañaba, miralo!... Aquí estoy, ¿me ves?, ¡pidiéndote perdón, pidiéndote que me quieras como entonces me quisiste!...

Y acabó de echarse á sus pies, que le besó mil veces en prenda de vasallaje y desagravio.

—¡Alzate, Salvador, alzate!—rogábale Carolina ocultando sus pies bajo el sitial antiguo y descuidando de enjugar su llanto.

¡Y Salvador se alzó! Salvador alzóse delirante, hambriento de ella, precisamente porque habían evocado juntos á la Muerte, despertadora del Amor.

No quería saber más, todo lo demás que la muchacha, presintiendo el peligro, empeñábase en seguir narrándole, á par que lo rechazaba y se defendía. No quería saber de la caridad con que tratáronla los cubanos, sus vecinos; de la ingratitud con que la despidieron de la fotografía, por su falta de asistencia; de lo sufrido después, sola y sin trabajo, hasta que le cupo en suerte el que hoy por hoy dábase de comer... Salvador quería á ella, á ella únicamente.

—¡Ya no me cuentes más, ya no, te lo suplico!... Todo me lo figuro, todo lo adivino, todo lo sé: que tú y yo somos dos vencidos; que hemos sufrido mucho; que es piedad que ya no suframos separados, ¡todo lo sé!... Por eso no hables, no me cuentes más, ¿para qué? ¿para que ahora suframos con el pensamiento lo que sufrimos ya con nuestros espíritus y nuestros cuerpos?... Tenía que ser; algún día teníamos que hallarnos, que perdonarme tú y que adorarte yo como te adoro, entrañablemente, con amor y con gratitud, ¡por siempre!... Tenía que ser, sí, tenía que venir esta hora bendita de olvido y premio... ¡Ven tú, anda!... ¡Ven!... (*Estrechándola entre sus brazos poderosos; besándola por sobre la ropa, en el cuerpo y en el rostro, en los labios de vez en cuando, porque Carolina esquivábase los.*)

—¡No, Salvador, no, déjame...—podía únicamente articular Carolina de tiempo en tiempo,—¡déjame!...

Salvador no la oía; desatentado, mientras más treguas procuraba la muchacha, más enardeciase. Poco á poco fueron señoreándosele los adormecidos sensualismos, su temperamento de amoroso, su robustez campesina, y, muy

principalmente, su imperio de masculino, su prepotencia de macho que en determinados instantes no consiente que la hembra le resista ó le huya, dejándolo insaciado. Luego, que aquella carne dura y mórbida aún, que magullaba y acariciaba á un tiempo mismo, era de él, habíala gustado ya, probado, mejor dicho, y ansiaba probarla más, más, saborearla á sus anchas, en su retiro pobre de artista derrumbado. Por lo que su insistencia transmutábase en lucha de fuerza; lucha de la que sabía que saldría victorioso, y con la cual, la victoria incontrastable adquiriría un más dulce sabor. Ya no rogaba ni pedía perdón, exigía, mandaba con la palabra enronquecida, con el rabioso tacto rápido, ora aquí, ora allí, en sus tentativas de acariciar de una sola vez todos los sitios y el cuerpo todo en que sus besos quemantes estrellábanse, en que sus manos inquietas apenas se posaban y oprimían. A lo sumo, empleaba eufemismos imperativos, breves:

—¡Sí vas á querer!... ¡sí vas á querer!... ¿verdad que sí quieres?...

Con sobrehumano esfuerzo, aprovechando una distracción momentánea, logró Carolina desasirse de esos brazos que, cual cerco de hierro, la sujetaban; de ese reclamo amante que la atraía adonde tenía resuelto no volver. Y aunque á la infeliz también le galopaban por las venas la tentación, la sangre y el deseo, púsose en cobro al otro extremo del taller, cogióse del biombo y se recargó en la mesa.

—¡No, Salvador, no quiero!—declaró jadeante.

Al escuchar palabras tales y darse cuenta de la entonación resuelta con que eran pronunciadas, Salvador, que se encaminaba en pos de Carolina, se quedó parado á la mitad de la estancia; su ardimiento, extinguido de súbito, en un principio, dudando, repitiéndolas después, como un eco:

—¿Que no quieres? ¿Y por qué?...

—¡Porque bien sabes que no debe ser, Salvador!

En lugar de ir á ella, de alcanzarla, Salvador retrocedió unos cuantos pasos hasta dejarse caer en el sillón recién abandonado, que conservaba todavía en su piel envejecida y suave, el calor y el modelado de Carolina. Y allí, cual si la penumbra del estudio no le bastara, se apretó los ojos:

—¡Es porque no me quieres!—exclamó al cabo.

Calló Carolina, y su mutismo fué causa á que Salvador reaccionara. Levantóse del sitial y enderezó sus pasos á la chica, más serena ya, más decidida á no ceder, tanto, que al aproximársele el artista, extendió ella sus brazos hasta apoyárselos en los hombros, manteniéndole á distancia.

—Recuerda tus promesas—le dijo con dulzura,—¿no me prometiste el matrimonio?...

—¿Y eso qué tiene que ver?—le repuso Salvador, sin acortar las distancias, desarmado frente á la fortaleza de la muchacha.

—Tú dormirás donde siempre—habló Carolina dando un sesgo á la cosa,—y yo, para lo que ha de restar de noche, aquí me las arreglaré, en este rincón, en el que me parece hay un diván, ¿ó no es diván eso que se ve?...

—Pero, ¿de veras no quieres?

—Y mañana—continuó ella fingiendo no oír—traeremos mis muebles y arreglaremos esto para quedarme contigo, siempre contigo... por el día, y hasta que no nos casemos, ¿estás conforme?... ¡Hazlo por mí, por lo que dices que me quieres! ¡Es tan pequeño el sacrificio y tan grande la satisfacción!... Hasta me imagino (*bajando su voz*) que mi falta disminuye, que se borra y que mi padre ha de sonreírnos á ti y á mí... ¿Te negarás?...

Volvió Salvador á sentarse, porque la vecindad de Caro-

lina le ofuscaba. Luego, sacó un cigarro que encendió de prisa, para no ver á las claras con la débil flama del cerillo que se apresuró á apagar, los encantos que en su acaloramiento abultaba. Con mayor calma, accionando con el cigarro encendido, trató de destruir los argumentos que se le oponían y á los que denominaba sentimentalismos. El fin del amor, y aun el del propio matrimonio, es un fin netamente carnal... ¿Por qué retardar el acercamiento, si ellos, ellos sobre todo, teníanselo ganado de sobra, y la circunstancia de su casual encuentro, vencidos los dos, los dos cansados de su caminata sin ventura y sin cariños, los dos libres, ¡absolutamente libres!, como que los arrojaba á uno en los brazos del otro, apiadada de lo que habían pasado y de lo que todavía pasarían?... ¡Si ofendieran á alguien con quererse, si algún daño causarían, enhorabuena que Carolina se rehusara; pero rehusarse porque la ceremonia material del enlace no estaba efectuada, era mucho cuento!

—¿No sabes que ahora mismo podríamos enfermar, que podríamos morir?... ¿No sabes que no es cuerdo confiar en la duración de la vida, porque á lo mejor, cuando más de ella habemos menester, nos deja plantados á una pulgada de la dicha... ó de lo que nosotros por dicha diputamos? ¿No lo sabes?

Carolina, simulando hallarse muy atareada con el arreglo de su cama, respondíale desde el rincón. Si lo sabía, sí, sabía todo eso y un poquito más; pero á pesar de ello, contaba con la palabra de él, con su oferta de casarse...

—¿Para qué viniste entonces?—le preguntó Salvador iracundo, pues de nueva cuenta invadía la onda formidable de deseo. ¿Acaso ignorabas que en esto hablamos de parar? ¿que tu presencia y nuestra soledad me empu-

jarían á ti? ¿que hasta ridícula resulta la abstinencia que propones?... ¡Vaya, vuelve en tí, Carolina, y no seas cruel conmigo!

—¡Ya me lo reprochas, Salvador, y no llevamos sino unas cuantas horas de estar juntos!... Puede que tengas razón, que no te expliques cómo te me niego ahora y no entonces, cuando debí negarme... ¿Verdad que lo piensas, y que si no me lo dices es por no humillarme?

Triunfó el femenil ardid, esa mansedumbre de Carolina dió en el blanco y Salvador protestó, volvió á la carga. ¿Cómo había de humillarla?

—¡Nunca habré de humillarte, te juro que no, y menos por lo que supones!...

Nada reprochábale, ¡al contrario!; lo que hacía era rogarle, rogarle rendidamente que fuese suya sin esperas ni condiciones, que á parte ninguna conducían. Si aún alegrara lo que la gente diría al saberlo, esa gente que se mezcla en todo y todo lo escudriña para censurarnos, menos mal...

—Aunque, hija mía, convendrás en que, no digo ya los maleantes, esa masa de extraños que se goza en comer á su prójimo, hasta mis pocos amigos, el mismísimo Covarrubias que es caballero y es honrado si los hay, nadie creerá en que tú y yo, viviendo juntos, pasábamos las noches entregados á un sueño de hermanos ó á la plegaria y penitencia... Y tu reputación, tu reputación que á partir de hoy me pertenece, padecerá, por lo pronto, igual que si hubiéramos pecado... Te doy gusto llamando pecado á eso, que no lo es, ¡créeme á mí!... Y anda á convencerlos de que nada ha ocurrido entre nosotros, que nos hemos limitado, ¡yo á rogarte y tú á resistirte! Sobre no creernos, se nos reirán, Carolina, se nos reirán en nuestras propias barbas...

—¡Que se rían! ¡Allá se las haya!...

—Mientras que si accedes—continuó Salvador, levantándose otra vez y yendo á ella aguijoneado por el deseo que no le consentía punto de reposo, é intermitentemente lo inflamaba,—si accedes, no desperdiciaremos más noches ni más minutos, sino que desde luego nos perteneceremos... Y deja que hablen, que murmuren; nosotros nos reiremos de los murmuradores, quizá no los oigamos, quizá nuestros besos, ¡los que me debes de tanto año!, nos impidan oír sus murmuraciones... ¡Bah! además de que yo me creo por cima de todas las leyes, ¿qué podrían decir? ¿que gozamos?... ¡mejor para nosotros!... Mira, somos tan pobres, que sólo podemos obsequiarnos con nuestras caricias mutuas, y es tontería escatimárnoslas... ¡No, Carolina, no me rechaces!... ¡Ven!... ¡Ha de ser ahora mismo!...

Resistió Carolina la embestida, mucho más enérgica esta vez. En la sombra de la estancia fueron ambos á parar contra el muro, forcejeando él por vencerla y ella por no ser vencida.

—¡Oyeme, Salvador, oyeme!...

No la oía Salvador, ó no quería oirla; á lo sumo si mascullaba, sin cejar, entrecortados desengaños y amarguras:

—Después de que todo en el mundo se me niega, ¿también tú?... ¡No, lo que es tú, no!... ¡Eres lo único que me quedaba!...

—¡Salvador, oyeme!—trabajosamente fué tartamudeando Carolina, que á cada instante perdía más terreno. ¿Dices que nada te importan los murmuradores, los que cuando sepan que contigo paso las noches despedazarán mi pobre reputación?...

—¡Sí, sí, eso digo y lo repito!—gritó Salvador á tiempo que lograba doblarla sobre el diván.

—¡A mí me importan menos!—declaró Carolina, supo-

niéndose ya perdida sin remedio; que también su cuerpo ¡de hueso y carne al fin! comenzaba á flaquearle y á traicionarla.—Pero por encima de todos los murmuradores, hay alguno que sí me importa, alguno que no me perdonará esta nueva debilidad...

—¿Quién? ¿tu padre? Los muertos duermen y se tornan polvo...

—¡Más que mi padre!...

Cegado Salvador por la inminencia de su victoria, mal preguntó con su boca hundida en el seno palpitante de la muchacha:

—¿Más?... ¿Quién?...

—¡Dios!!

Con tal fe pronunció Carolina el divino nombre, en los instantes en que ya se abandonaba á lo irremediable, que Salvador, no obstante sus descreimientos, experimentó extraña sacudida, por adentro, que lo inmovilizó. Despegóse de Carolina, muy poco, lo indispensable para tratar únicamente de verle la cara, en la que supuso habriase operado algún prodigio... Y no, ninguno advirtió; la cara de Carolina, extenuada y sin asomos de resistencia, sólo parecía iluminada...

El breve silencio, se interrumpió con repentina catarata de gorgoros que los obligó á los dos á volver la mirada hacia la jaula de «Netzahualcóyotl».

—¿Por qué cantaría?...

Por lo que siempre cantaba á aquellas horas, porque veía la luz.

Salvador se inclinó á la muchacha, mirándola hondamente, y casi en voz baja, estrechándole entrambas manos:

—¡Que descansas!—le dijo, victorioso de improviso sobre su propia carne.

Carolina, radiante, lo atrajo á sí, lo besó en la frente

que le ardía, y solamente le repuso en pianísimo tono agradecido:

—¡Hasta mañana!

Y la mañana que apuntaba al través de los cristales del estudio, más radiante aún que Carolina, sonreía.

IV

—«*Las chicas de este pueblo...*»—se oyó que cantaban por la escalera.

—¡Ahí está Covarrubias!—le gritó Carolina desde afuera á Salvador, que aprovechaba las últimas luces de la tarde pintando en el taller.

Covarrubias era, en efecto, quien cruzó el trecho de azotea canturreando y marcando el compás del regocijado pasacalle de «La Marcha de Cádiz». Carolina, que lentamente venía invadiendo la azotea para el ejercicio de diversos menesteres domésticos, la cocina principalmente, reducida á dos anafes, interrumpió sus guisos, y Salvador, embutido en su amplio traje de pana azul, chaqueta y pantalón holgado, de zuavo, asomó en la puerta de la vivienda, con los pinceles y la paleta en las manos todavía.

—Las noticias gratas ¡bajo techo!—declaró el novelista, luego de saludar á la pareja.—Los plácemes y agradecimientos ¡al aire libre!

Y se coló hasta el taller, seguido de Salvador y Carolina, muy acostumbrados á las humoradas de aquel amigo excelente para ellos, por mucho que no gozara de reputación de cariñoso ó jovial, ni fácilmente se entregase. Con ellos, sí; con Salvador desde un principio, desde hacia un puñado de años; y con Salvador y Carolina, desde hacia unos meses que de casados llevaban, desde que la conoció á ella. Porque conviene advertir que Covarrubias fué el más empeñado en que la boda se realizara; que fué padri-